

pero, por lo menos, ha adoptado un modo tal de taconear, que obliga á los transeuntes á volverse cuando pasa. Siempre que leo á M. Barbey d'Aureilly, me sucede que ignoro si debo reír ó llorar. He aquí su caso, uno de los más curiosos de nuestra literatura contemporánea.

Creo que nació en 1811, en una aldeita de la Mancha. Así, pues, creció durante el período romántico. Debe notarse este hecho, porque ha permanecido siendo romántico de estilo y de tendencias, hasta el paroxismo agudo. Atormenta la frase, la rompe y la azota, añade relumbrones de talco en cada incidente, pone intención á horcajadas en los puntos y las comas. Y no le basta el estilo ampuloso; adora las fantasías satánicas, las complicaciones prodigiosas, los héroes inmensos, las heroínas fatales y pálidas como los lirios. Las pocas novelas que ha escrito son monstruosidades de invención enfermiza. Por lo demás, no le niego el talento. A pesar del continuo esfuerzo con que forja su estilo, se advierte en él un potente obrero literario.

¡Pero, santo Dios, qué bambolla tan continuada y qué originalidad tan ficticia! No se

ha contentado con ser un mosquetero en el estilo, sino que ha querido serlo también en la calle. A los veinte años fué presa del *dandismo* y se postró á los piés de Brummell. ¡Cruel aventura! porque es hoy, y todavía gasta el pantalón ceñido, *redingot* de pliegues, los grandes manguitos, el amplio cuello de su juventud. Las señoras se le quedan mirando con ojos estupefactos. Gozoso por el asombro de los que pasan junto á él por la acera, sigue su marcha triunfal, creyendo que doma así y tiene bajo la suela del zapato á todo el siglo XIX. Inocente manía, se dirá. Sin duda. Sólo que es preciso buscar al escritor y al crítico dentro del hombre.

M. Barbey d'Aureilly habita en un cuartito de un barrio extraviado de París. Los muebles son burgueses: una cama, un armario de luna, una mesa. Pero en su necesidad de llevar una existencia superior, ha llegado á persuadirse de seguro de que su cama es un lecho de brocado, y que su armario de luna (un mueble del arrabal de Saint-Antoine) procede de algún mobiliario regio. Cierta día dijo á un visitante, enseñándole el espejo: «Esta luna me parece un gran lago». Esta frase lo re-



trata de cuerpo entero. Estoy convencido de que agrandaba de buena fe su habitación, perforando así las paredes con toda la profundidad de un vasto paisaje.

Poco á poco, llega uno de esta suerte á engañarse á sí mismo. Llega una hora en que ya no se sabe claramente dónde acaba la realidad y dónde empieza el sueño. Tal es, desde hace mucho tiempo, el estado de M. Barbey d'Aurevilly. Le completa el haber adoptado el papel de un escritor hidalgo, defensor de la nobleza y la religión con grandes tajos... de pluma. Ha tomado una actitud de caballero devoto, que sirve á la iglesia y acuchilla á la democracia. Y aquí empieza la triste y deliciosa comedia. Este mosquetero ha llevado la existencia más burguesa del mundo. Vive muy solitario, como un buen rentista de menr cuantía, sudando por las noches sus romadizos. En el fondo, no hay un hombre mejor que él. Todo ese estrépito de armas, esas fanfarronadas, ese ponerse los puños en las caderas, no son más que modos de ser literarios.

¿Hay en el mundo nada más chistoso y más conmovedor á la vez? M. Barbey d'Aurevilly vive dos ó tres siglos atrasado. Celebra orgías

de imaginación. Es un actor que conserva en sociedad la voz y los ademanes del teatro. Es un mártir de la vulgaridad contemporánea; se ha saltado los ojos voluntariamente, por soñar á su gusto todos los esplendores que le faltan. Cuando bebe un vaso de agua se emborracha, y dice que está lleno de vino de España. Cuando en la calle tropieza contra una muchacha de refajo sucio, arquea el brazo y saluda murmurando: «¡Mil excusas, marquesa!» Cuando trepa por su angosta escalera, se enfurruña con su servidumbre y grita: «¡Hola! ¡Bergantes, encended los blandones!»

Pero en M. Barbey d'Aurevilly el aspecto más estupefaciente es el aspecto católico. Si cree en Dios, es nada más que por tener derecho á creer en el demonio. El diablo le atrae, porque el diablo es excéntrico. De seguro que el diablo comulga en el dandismo y lleva oculta su hendidada pezuña dentro de una botina de cabritilla. Se le daría una gran pesadumbre á M. Barbey d'Aurevilly si afectásemos creer que se irá derecho al paraíso. Con seguridad que se empeña en ir por unos cuantos años al purgatorio, y no afirmaré que no sueña hasta



con ir al infierno. Cuando aplasta á un escritor demócrata, algún fautor de Satanás, se advierte en su cólera una sorda envidia.

¡Ese es uno que será condenado! ¡Ser condenado, qué delicia! ¡Caer como el arcángel rebelde, pálido aún con el fulgor divino, conservando en la derrota una insumisa altivez en la frente! ¡Cuán grato sería! Apuesto á que M. Barbey d'Aurevilly ambiciona eso por amor á lo plástico. Ya se ve rodando desde el cielo, caído de espaldas, pero en una postura escultural, y mirando todavía á Dios cara á cara. Una cosa como esta, en seguida pondría en candelero á un hombre.

¡Pero, ay, es una ambición irrealizable! M. Barbey d'Aurevilly no tiene nada de luchador. Ultimamente, acababa de publicar una colección de novelas, *Las Diabólicas*, en que su extraño catolicismo se había frotado un poco de más con las sociedades del infierno. Figuraban en ellas mujeres como las entiendo él, mujeres tentadas por el demonio y que se agitaban de una manera extraordinaria. Horripilóse el juzgado, secuestró el libro, y M. Barbey d'Aurevilly tuvo que comparecer ante un juez de instrucción. Un hombre como

él (¿no es así?) hablaría alto y se las tendría tiesas con la justicia, resistiría en nombre de la libertad de las letras. Pues bien, no fué así. M. Barbey d'Aurevilly bajó la cabeza ante las reprensiones y consintió en un trato, á saber: que dejaría suprimir en silencio su libro, á cambio de que el juzgado desistiera de encausarle. Eso es lastimoso, lo digo en alta voz. Al tolerar M. Barbey d'Aurevilly esa muda muerte por sofocación de su obra, vino á confesar que ésta era peligrosa. Cuando se tiene el honor de sostener en la mano una pluma, se piensa bien antes de escribir; pero cuando se ha escrito una página hay que ratificarse en ella y defenderla. Un burgués, uno de esos burgueses de quienes hace chacota M. Barbey d'Aurevilly, con su poco de zumba aristocrática, hubiera estado orgulloso de su propia obra.

Tan severo como en esto seré también con la actitud tomada en la crítica por M. Barbey d'Aurevilly. Romántico por temperamento, estilista muy asiduo, ataca de un modo furibundo á los románticos y á los estilistas, negándoles hasta el talento. Se queda uno absorto, sin explicarse qué furor le impele á quemar lo



que por fuerza debe adorar él. Siempre que encuentra en su camino á Víctor Hugo, ó Gustavo Flaubert, ó los Goncourt, se los traga. ¿Por qué? Procede de ellos, es de la misma familia literaria: debiera tener los mismos gustos. Sus amigos me aseguran que la maquinaria que en él hace las veces de cerebro es muy complicada, y que allá dentro hay un trabajo extraordinario. En primer lugar, Víctor Hugo, Gustavo Flaubert, los Goncourt, son incrédulos á quienes quiere aplastar. Lo admito; pero después de haber derribado en ellos al impío, me parecería muy puesto en justicia saludar al hombre de talento. Sólo que, al parecer, esta palabra «justicia» hace reir mucho á los amigos de M. Barbey d'Aurevilly. Ser justo: ¿por qué? ¿Para qué sirve eso? Nada es tan burgués como ser justo. Un hombre justo carece de contornos plásticos, no se presenta lo suficiente calaverón, le falta dandismo. Armar zambra, hacer castañetear frases altisonantes y tirarlas al rostro de las gentes, tomar aposturas de capitán para asombrar de los espectadores: ¡venga de ahí, ese es el único género de crítica que puede explotar un hidalgo! La paradoja es un plumero que

dice muy bien sobre un sombrero galoneado. Y así es cómo M. Barbey d'Aurevilly ha inventado la crítica que no juzga, sino que apabulla.

Nada hay más fácil de practicar. Coge por su cuenta un escritor cualquiera, y sobre sus espaldas ejecuta molinetes caprichosos á lo tambor mayor que maneja el bastón de mando. El escritor y su obra están condenados de antemano, tengan ó no tengan razón. Sólo el crítico es quien se luce ante los lectores. El juez está en escena, y no el acusado. El juez saluda, ahueca la voz, hace todo lo factible por asombrar á la concurrencia, emplea vocablos raros, combina frases imprevistas, y llega hasta á bailar el cancán, si cree que el cancán producirá efecto. Nótese que M. Barbey d'Aurevilly nunca hace bien un elogio. Sólo se luce de veras cuando zurra. No da razones, eso es inútil; se agita en el vacío, suda, patalea, mata fantasmas. Y terminado el ejercicio, vuelve á meterse entre bastidores, con el convencimiento de que Francia ha temblado al ver este espantoso combate. Tal manera de comprender la crítica es pueril. Sin embargo, al cabo de unos treinta años que lleva M. Barbey d'Aurevilly entregándose á estos

30800



asaltos infantiles, debiera haber notado que las gentes muertas por él gozan de cabal salud, y que el público le deja pelear solo sin otorgarle el honor de ratificar ni siquiera uno de sus fallos. Quizá sea una curiosidad, pero de seguro que no es ni será nunca una autoridad. Sin duda quedaría muy sorprendido si le dijese que la mejor manera de reunir gente y de producir efecto consiste en ser justo, buscar la verdad y decirla. Al verle blandir la pluma como una tizona en el quinto acto de un melodrama, mi único asombro es que todavía no se haya mechado á sí propio, para caer con gracia ante las damas.

Para concluir. M. Barbey d'Aurevilly ha consagrado recientemente un largo estudio á Diderot, únicamente para llegar á aplastarle con la burda injuria de burgués. Pasemos porque Diderot fuese un burgués; pero realizó trabajos de gigante. M. Barbey d'Aurevilly, que ejecuta tareas de niño, tiene además la ridiculez de ser un burgués extraviado y rabioso. Insisto en ello: un burgués, nada más que un burgués, puesto que todavía no ha asesinado á nadie y ni siquiera ha violado á una marquesa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## V

Me gustan los contrastes, y el más violento que puedo acometer es hablar de M. Francisco Sarcey, después de haberme ocupado de M. Barbey d'Aurevilly. Por sus respectivos temperamentos y por los papeles que representan, están situados en los dos polos de la crítica. Por otra parte, en el presente estudio representará M. Sarcey la crítica dramática. Ya he explicado por qué razones ocupa mucho más lugar en la curiosidad pública un drama ó una comedia que una novela. Los críticos dramáticos forman una especie de gremio aparte, que, si no ocupa las aceras, se extiende todo á lo ancho del arroyo literario de los periódicos. Pues bien; entre todos esos críticos, M. Sarcey es con seguridad el más leído y escuchado.

Citaré algunos hechos demostrativos de la importante situación que ocupa. Me han asegurado que el periódico *El Tiempo* vendía al-



gunos centenares más de números los domingos por la noche, día en que publicaba su revista semanal. Si el hecho es verdadero, es muy raro en Francia. Tenemos tan poco gusto por los estudios serios, leemos con tanta repugnancia todo cuanto se salga de las novelitas de enredo y las noticias varias, que realmente consuela ver que algunos cientos de personas se gastan tres perras para conocer la opinión de un crítico acerca de los estrenos teatrales de la semana. Pero aún hay más. M. Sarcey impera en las primeras representaciones, es la admiración de la sala. En cuanto entra, corre un run-run de palco en palco. Se asoman para verle, los maridos lo enseñan á sus mujeres, le contemplan las señoritas. Conozco provincianos que han venido á París expresamente por tener la felicidad de conocerle de vista. Hay una de cuchicheos que tarda mucho en terminar. «¡Sarcey! ¡Sarcey! ¿Dónde está?» «Mira, aquel gordo de allá abajo, que á poco aplasta á una señora.» «¿Es él, está V. seguro?...» «Sí, sí... Mirad á Sarcey, ved á Sarcey...» Y el pueblo es feliz. Es una verdadera popularidad. Además no puede negarse que el poder de M. Sarcey es real y

positivo. Más de una vez ha obligado á los directores á que aceptasen obras determinadas, y ha trabajado por el buen éxito de ciertos artistas que le deben hoy su posición. Los cómicos, los autores, los empresarios, hasta los lampistas y los acomodadores de los palcos le temen y se inclinan ante él. En cuanto se representa una obra nueva, la primera pregunta entre bastidores es esta: «¿Se ha reído Sarcey? ¿Ha llorado Sarcey?» Si aplaude, es cosa hecha el triunfo de la obra; si bosteza, todo se perdió. Los domingos precipítanse todos sobre su revista para devorarla, y los fallos que emite conmueven el mundo teatral.

Para comprenderlo bien hay que remontarse al reinado de Julio Janin, á quien se ungió como príncipe de la crítica.

Este reinaba por las gracias de su ingenio. Leíasele por su encanto, por las lindas cosas que sabía bordar sobre el cañamazo vulgar de las zarzuelillas y de los melodramas nuevos. Teófilo Gautier también reinó como escritor de primer orden, que escribía páginas maravillosas á propósito de cualquier imbécil bufonada. Cuando murió Teófilo Gautier, creyó heredar su alto puesto M. Paul de Saint-Victor,



otro melodista muy hábil, que entona el estilo como quien toca la flauta. Véase ya príncipe con un pueblo de lectores á sus piés. Pero ni por esas. Los lectores le han dejado que dispare á solas los fuegos artificiales de sus prodigiosas frases, y han preferido á M. Sarcey. Este es quien ha llegado á ser rey.

Nótese que M. Sarcey no tiene ni pizca de gracia. Tiene una zarpa muy pesada: cuando quiere acariciar, aplasta. De modales ordinarios, riéndose con unas enormes carcajadas que molestan á sus vecinos, parece un pobre diablo gordinflón que fuese por la noche al teatro á distraerse, después de haber vendido concienzudamente cualquiera cosa durante el día. Escribe las revistas en un periquete, como un cura despacha su misa, diciendo lo que quiere decir, pero nada más. Desde unos quince años ha que desempeña este oficio de crítico de teatros, lleva sus revistas en el mango de la pluma y le basta dejarla correr. No tiene el menor asomo de estilo, ni una flor. A veces, ciertos artículos hasta son muy descuidados, con frases mal equilibradas é incorrectas. Parece una charla á la buena de Dios, de un ingenio muy burdo, que ante todo se va al gra-

no. Un poeta que eche la vista á uno de esos folletines, de seguro que siente crispársele los nervios.

Pues bien, el gran poderío de M. Sarcey se explica perfectamente. Debe su situación á dos cosas: dice siempre lo que piensa, y en una sala de espectáculos representa el término medio de la inteligencia del público.

Decir siempre lo que se piensa, es una cualidad muy rara. Pudiera citar varios críticos de una mala fe perfecta; son personas honradas, sin duda, sólo que la verdad se desvía al pasar á su cráneo y ven las obras á través de mil preocupaciones extrañas. M. Sarcey tiene en su pro la franqueza de su impresión. Dice lo que siente. A menudo, lo que siente es muy estrafalario. Pero no por eso deja de tener su reseña un tono de franqueza, respecto al cual nadie puede engañarse. Todo el mundo piensa: «He ahí un hombre convencido.» Y esto le da una fuerza inmensa, porque poco á poco, al verle tan convencido, los lectores han depositado en él su confianza; saben que no mentirá, y acaban por aceptarle como un guía seguro. Yo casi nunca soy de su parecer, pero confieso que hay en él una sinceridad absoluta.



De todos modos, no bastaría con ser franco. La gran sombra que tiene M. Sarcey consiste en ir al teatro como un burgués, con la idea de divertirse allí. No le importa un pito ningún sistema, no va con teorías literarias, ni siquiera tiene aspiraciones á lo sublime, que le molestan. Todo lo que parece exigir al teatro es poder pasar una buena noche. Parte de esta idea lógica: que el teatro está hecho para el público, y que, lógicamente, los autores deben dar al público lo que éste apetezca. Ahí está todo su criterio. És el apóstol del buen éxito. Triunfad, y os aplaudirá. El mismo se convierte en uno del público; quiere sentir como el público. Desde ese instante, compréndese la gran aceptación de sus revistas. Un tendero, por ejemplo, un comerciante de paños, ha ido á ver representar una comedia nueva. Recibe una gran impresión, sólo que, como no tiene costumbre de analizar sus impresiones, explicaría con dificultad lo que ha sentido. Llega el domingo por la noche, compra el periódico *El Tiempo*, lee el artículo de M. Sarcey, y al leerlo experimenta una satisfacción sin límites. M. Sarcey ha tenido las mismas impresiones que él; M. Sarcey le explica esas

impresiones, pero no en términos difíciles de comprender, sino con palabras que hubiera podido emplear el mismo mercader de paños. La comunión entre el crítico y su público es así completa. Asciede á grande hombre de la burguesía. Ésta no puede vituperarle que escriba mal, porque ella misma no tiene conciencia de un estilo más elegante, así como tampoco de miras más elevadas. Le agradece simplemente su paridad de gustos con ella, la honradez y la conciencia de que da pruebas.

En fin, todavía existe otra razón para que M. Sarcey sea el ídolo del vulgo. Ha sido uno de los buenos alumnos de la Escuela Normal, y durante algún tiempo enseñó el latín á los granujillas en un instituto provincial. La enseñanza, con sus tacañerías, no resultaba negocio para él; pero aun cuando colgó la toga, ha permanecido siendo profesor contra viento y marea. El aire que se respira en la Escuela Normal infunde en la sangre la necesidad de explicar en todas partes y siempre. Así, pues, enseña, da lecciones á las actrices jóvenes, reparte palmetazos á los autores, y cuando da elogios parece que pone buenos puntos. Así es que sus revistas conservan ese olor á papel



viejo, tinta y polvo que domina en las clases. Y el público adora esto: un crítico que da lecciones á todo el mundo, que habla con maneras doctas y cortantes á lo dómíne, que enseña á hacer una buena comedia lo mismo que un profesor de escritura enseña á llevar bien la mano. Para M. Sarcey, la cuestión de talento parece ser que no es más que cuestión de aplicación.

Me guardaré de discutir aquí sus ideas, pues el empeño sería demasiado largo. Trato simplemente de trazar un perfil de él que se parezca. Entre sus opiniones más arraigadas citaré las siguientes. El teatro es para él un dominio aparte, donde sólo pueden lanzarse los hombres dotados de una manera providencial. Todo el mundo es capaz de escribir una novela, pero no todo el mundo es capaz de escribir un drama. El teatro es un santuario donde se penetra con palabras de pase. Dice redondamente: «Esto es del teatro, eso no es del teatro», y no queda más remedio que inclinarse. Poco importa el mérito literario de la obra: una piececilla idiota puede ser del teatro, mientras puede no serlo un magnífico drama. Todo se reduce á una máquina parti-

cular y que funciona de cierta manera, una máquina-tipo, de cuya fabricación es preciso no apartarse, so pena de que no resulte un esperimento. Hasta reputa su máquina como la máquina por excelencia, que contiene la verdad única, lo absoluto, en el tiempo y en el espacio. Para él no hay teatros, sino nada más que el teatro. Esto ata corto los vuelos de los poetas y los extravíos del genio.

En el fondo, esto rebosa buen sentido, lo confieso sin dificultad. M. Sarcey no se ocupa del genio. Está al tanto de la cocina dramática contemporánea, habla para el mayor número. Cogido casi siempre entre una opereta y un dramón, tiene que andar por los suelos y aconsejar á las medianías. Acepto para las medianías el código dramático que enseña, pero echo en falta que no diga de vez en cuando: «Esto sólo reza con los escritores que no tienen alas, pues los que las tienen pueden permitírsele todo, y para ellos no hay patrones.» Tal como la entiende, la crítica es una simple vulgarización del teatro, excelente para el común de los hombres, pero insuficiente en cuanto se ocupa de un hombre superior. Bien se echa de ver esto cuando se propone tratar



un asunto de teoría general. Mientras se limita á juzgar los hechos, las obras que ha visto representar, reproduce con suma exactitud la impresión de la sala; mas en cuanto se extravía entre los principios ó quiere edificar un sistema, desbarra del modo más extraño. Ocurre á veces que no hubo estrenos en toda la semana; y entonces arriégase á estudiar la risa en el teatro, ó el realismo en la presentación de escena, ó cualquier otro punto. No hay nada tan revelador como esas revistas: se agita en el vacío, arguye con ejemplos fáciles de refutar con otros ejemplos. De veras, no sirve para los altos vuelos de las teorías. Sólo sobresale en la práctica al nivel del suelo, en el estudio del oficio y del resultado inmediato obtenido sobre el público. Que no le pidan ensanchar el horizonte, exaltarse con las audacias del genio, prever un movimiento literario y anunciar lo porvenir. Apegado á lo presente, no ve más allá de las diez ó las cien representaciones de una obra; por temperamento, forma parte del público que quiere divertirse y el cual apetece saber por qué se divierte ó se aburre.

No tengo el mismo parecer que M. Sarcey,

y me vería desesperado si tuviera que desempeñar su papel. Pero declaro que, por modesto que sea ese papel, aún me parece bastante bueno. En el buen éxito de M. Sarcey veo, aparte de todo, un excelente indicio, una afición á la verdad. Ya he nombrado á M. Paul de Saint-Victor. Este sí que es un artista de talento; cincela sus frases como joyas. Sólo que, cuando habla de una pieza, se olvida de juzgarla, ó si la juzga, es con raros caprichos de crítica. Comprendo perfectamente que el público se haya hartado de toda esa pompa de estilo. Cuando se lee una revista dramática, es con la esperanza de que el revistero hablará del teatro; y si tiene las manos llenas de joyeles hace mal en abrirlas y no guardar semejantes maravillas para obras personales, donde su hallazgo hechizaría á los lectores. Sí; al público le apestan ese lujo romántico, esas frases vestidas de seda y terciopelo, bajo las cuales no se sienten el calor y la vida de un cuerpo. Hay hambre de realidad. He aquí por qué se ha ungido rey de la crítica á M. Sarcey, en medio de los melodistas y caga tintas que le rodean. No hay duda de que escribe mal, no hay duda de que es de un talen-



to burdo. Pero ve lo que existe, y dice lo que ve. Esto basta.

## VI

Mientras escribía yo el presente estudio acerca de la crítica contemporánea, ha desaparecido una figura muy curiosa y muy acentuada. Me refiero á M. Francisco Buloz, el fundador de la *Revista de Ambos Mundos*. No puedo resistir el deseo de terminar con algunas notas respecto á M. Buloz y la célebre revista que dirigió. Por lo demás, no me salgo de mi asunto; y, al concluir, volveré á mi punto de partida.

M. Buloz nació en Valbesn, próximo á Ginebra. Le ha herido la muerte á la edad de setenta y cuatro años. Su vida entera cabe dentro de algunas grandes fases. No era completamente iliterato, como lo pinta la leyenda que circulaba acerca de él; por el contrario, había seguido bastante buenos estudios. Sin bienes de fortuna, vino á París en busca de cuartos, y co-

menzó por ser regente de una imprenta. Luego, para vivir, tradujo obras inglesas. Pero su idea constante era ya fundar una publicación periódica, explotar ese comercio literario en que husmeaba las cuantiosas ganancias que realizó después. Al fin, en 1831, compró la *Revista de Ambos Mundos*, que por entonces era una simple colección de narraciones de viaje, y la cual peligraba. Sabida es la enorme importancia adquirida por esa Revista con el enérgico impulso que la dió. Para completar su historia, preciso es añadir que durante diez años fué director del teatro de la Comedia Francesa. Sus amigos habían subido al poder, y en el reparto le dieron esa dirección de nuestra primera escena. Sucedió al barón Taylor, y desde 1838 á 1848 gobernó con la rudeza que le caracterizaba. Sólo pudo derribarle la revolución de Febrero. Reinó como hombre feliz en la calle de Richelieu (Comedia Francesa), lo mismo que en la calle Saint-Benoît (oficinas de su Revista). Parecía haber hecho pacto con la fortuna. Todo lo que intentaba le salía bien. Bueno es decir que era fuerte de puños y violentaba á la suerte, lo mismo que violentaba á los hombres. Vivió con el Impe-



rio bajo el régimen de la paz armada. El Imperio toleraba á M. Buloz, y M. Buloz toleraba al Imperio. En el fondo, continuó siendo parlamentario y clásico hasta su muerte, sin dejar de hacer sacrificios á las ideas republicanas y á las ideas románticas cuando lo exigían las necesidades de la Revista. A pesar de su edad avanzada, la muerte le sorprendió en pleno combate, y ha tenido la profunda amargura de verse morir poco á poco. Desde hace mucho tiempo padecía una afección diabética. En Septiembre tuvo un ataque de parálisis. Llegó un día en que le faltó la vista para releer las pruebas. Entonces se sobrevivió á sí propio anonadado por una inmensa melancolía.

M. Buloz era grande y fuerte, cuadrado de hombros, cortado á hachazos en el granito de sus montañas. Una cabellera roja le colgaba por la nuca. Participaba del oso y del dogo, con sus fuertes mandíbulas, sus cejas canosas y su cara tuerta, donde el ojo que le quedaba tenía una extraordinaria profundidad de mirada. Calzado con unos zapatones con cintas, vestido con ropa interior amarillenta y trajes sobajados, tenía un terrible aspecto de luchador á quien se le daba un ardite de los cuidados

de este mundo. Es preciso ver en él, sobre todo, el triunfo de una voluntad. Quiso y logró. La *Revista de Ambos Mundos* está formada de su sangre y de su carne. La consagraba toda su existencia. Durante más de cuarenta años la cuidó como á una hija querida. Pasaba en blanco las noches, trabajaba diez y ocho horas seguidas, velaba por los más ínfimos detalles. Todas las pruebas de imprenta pasaban por sus ojos, y ni una línea aparecía sin que la hubiera aprobado él. Compréndese qué resultado había de obtener con este método. Por lo demás hubiera triunfado en cualquiera otra empresa. Era ante todo un dominador, un conquistador. Si hubiese dirigido una fábrica, hubiera hecho soldados á sus obreros. Por eso no hay que ver en él una fuerza literaria, porque sólo era una fuerza comercial. Hubiera llegado á ser tan poderoso en el comercio de comestibles como lo fué en el de las letras. La casualidad nada más, que le había hecho director de la *Revista de Ambos Mundos*, fué quien le dió esa visible personalidad cuyo papel ha sido tan asombroso en la primera mitad de este siglo.

Tuvo M. Buloz la gran suerte de agrupar



en torno suyo á los primeros escritores de la época. Desde 1830 á 1860, durante treinta años supo atraer y conservar á todas las celebridades que gozaban de renombre en las letras y en las ciencias. Y en verdad que no obraba por seducción. Procedía con violencia, con una acritud y un arrebató que hubieran debido ahuyentar de él á los menos altivos. Hoy no podemos por menos de preguntarnos cómo unos poetas delicados, unos hombres del más alto ingenio, pudieron aguantar las violencias de ese hombre, su avaricia, su roñosería, la vida infernal que hacía llevar á todos ellos. Y no exagero: los ecos de la calle Saint-Benôit han transmitido los rumores de las querellas más ruidosas. M. Buloz y Gustavo Planche se agarraban por el pescuezo y se zurraban de lo lindo. A menudo había aquello de bajar las escaleras rodando, bofetadas por un sí ó un no, paraguas rotos contra el espinazo y los improperios menos académicos del mundo. No hablo de los procesos, que menudeaban con la espesura de una granizada. No hay escritor de talento que no llevara á M. Buloz ante los tribunales. Pues bien, esas relaciones tan difíciles no impedían á M. Buloz continuar con su

papel de dictador. Reinaba á pesar de todo, hacía las paces con uno cuando se enfadaba con otro, permanecía siendo el domador y el censor indiscutible de todos los talentos de la época.

Tampoco era más tierno en la cuestión de dinero. Había hecho el hallazgo de aquella triunfante idea de no pagar el primer artículo llevado á la Revista, fundándose en que bastaba con el honor de entrar en la Revista. En seguida, pagaba lo menos posible los artículos siguientes. En otro tiempo, aún eran razonables sus precios. Pero cuando más tarde subieron éstos en la prensa, rehusó siempre con terquedad aumentar los suyos. No quiero insistir acerca de este asunto, porque hay otro mucho más grave. La pretensión más intolerable de M. Buloz consistía en retocar los manuscritos. Tenía furor por las correcciones, las atenuaciones y las supresiones. En cuanto recibía un manuscrito, lo acuchillaba con el lápiz, cambiaba los epítetos que no le parecían convenientes, suprimía trozos, hasta agregaba prosa suya. Y los más ilustres sometíanse así á su férula. Hay en esto, por parte de los escritores, una obediencia que siempre me ha



dejado estupefacto. Que los grandes escritores pasaran por no ser pagados, eso honra á su desprendimiento. Que los grandes escritores quisieran de vez en cuando andar á la greña con M. Buloz, también lo admito, pues podía seducir la aventura por su originalidad. Pero que los grandes escritores aceptasen sus correcciones, eso ya no lo puedo comprender.

Dícese, ya lo sé, que M. Buloz era un crítico muy agudo y muy práctico. Muy práctico desde el punto de vista de su periódico, no me cuesta trabajo creerlo. Pero su literatura se limitaba al cuidado de contentar á sus lectores, y esto no era suficiente para convertirle en un buen juez del talento libre y personal. En resumen, sus correcciones se limitaban á castrar todo lo que le llevasen. Soñaba para su Revista un uniforme, ese uniforme gris de nuestros presidios y de nuestros conventos. Los primeros años no se atrevió á hacerlo; pero á medida que sentía crecer su poderío, se convirtió en redactor único, y encajó su librea á cada uno de sus colaboradores. La *Revista de Ambos Mundos* adquirió el tinte neutro, frío y grave, que ha conservado desde entonces. Cada número exhala el olor de M. Buloz. Había cre-

cido su necesidad de dominar, y amoldaba á su imagen á cuantos se le aproximaban.

¡Y qué lamentables historias, si fuese yo á narrar las aventuras de jóvenes á quienes convirtió en máquinas pasivas y que murieron entre sus manos, de agotamiento y desesperación! Los novelistas y los poetas célebres sólo dejaban en poder de él algunas plumas de sus alas. Pero los desconocidos, los que representaban los segundos papeles, trocábanse en esclavos suyos, en domésticas bestias de carga. A estos los amasaba; comenzaba por vaciarles el cerebro de todo el ardor juvenil que tuviesen; después fundía plomo en su lugar, cambiaba en críticos fríos y estirados á los risueños imaginativos que habían llegado junto á él para abrazarse á la luz de su lámpara de trabajo. Si no hubiera dependido más que de él, hubiese suprimido por completo la literatura francesa, sustituyéndola nada más que por la *Revista de Ambos Mundos*. Él solo, y era bastante.

Por fortuna, por déspota que sea un hombre, jamás consigue detener el movimiento de un pueblo. Antes de su muerte ha podido M. Buloz oír estallar por todas partes su po-



derío. En realidad, durante muchos años fué el amo, el gallito de las letras. La Revista reunía todos los grandes nombres. Era entonces una consagración casi necesaria del talento, elevaba á todos los honores, lo mismo á la poltrona de un ministerio, que al sillón de una academia. La única falta de M. Buloz ha sido no comprender que, á medida que él envejecía, cambiaban los tiempos. Después de 1860 quiso seguir la misma marcha que después de 1830. Y esto lo ha echado todo á perder. La cobardía de los escritores fué lo único que hizo poderoso á M. Buloz. Si triunfaba, es porque se dejaban dominar. Cuando ha aparecido una nueva generación de escritores, ésta ha tenido menos paciencia, y muy redondamente ha enviado á paseo á M. Buloz. Desde algunos años atrás, iba haciéndose el vacío en torno suyo.

La situación de la *Revista de Ambos Mundos* es ésta: desde hace diez años está completamente fuera del movimiento literario contemporáneo. Ha vivido gracias á las últimas obras de Jorge Sand y de Octavio Feuillet. Ahora que Jorge Sand ha muerto y Octavio Feuillet produce menos, le faltan novelistas y

tiene que apoyarse en MM. Cherbuliez y Theuriet, dos pálidas copias del autor de *Mauprat*, cuyas obras pasan sin meter ruido. Los noveladores naturalistas, Gustavo Flaubert, los Goncourt, Alfonso Daudet, jamás han consentido publicar en ella una de sus producciones. Se ha quedado en las modas literarias de treinta años ha; todo el colosal trabajo de la novela actual se ha hecho sin su concurso y en contra de ella.

Dícenme que la influencia de la *Revista de Ambos Mundos* en el extranjero es enorme. Esto es muy de sentir. Si los extranjeros se atienen hoy á esa Revista para conocer nuestra literatura, lo que ocurre sencillamente es que los extranjeros no conocen nuestra literatura. Lo repito: la Revista ha dejado de ser, desde hace mucho tiempo, la expresión exacta de nuestra vida literaria. M. Buloz hizo todo cuanto pudo por aplastar á la nueva generación de escritores, que hoy destella tan vivos fulgores. Él es quien fatalmente tenía que ser vencido en esta lucha, y fácil es calcular la poca influencia de la Revista entre nosotros. Siempre tiene muchos suscritores; continúa siendo una publicación cuyos cuadernos es de



buen tono tenerlos sobre una mesa. Pero ha perdido su poder efectivo. Ser vituperado por ella es una verdadera recomendación. Sabido es que, por principio, encuentra detestable todo cuanto ella no ha publicado. La mejor parte de su redacción permanece siendo la parte histórica y científica, las relaciones de viajes, los estudios acerca de puntos especiales. Literariamente, vuelvo á decirlo, ya no existe. Ha conservado una estrecha influencia de camarilla; todavía puede hacer ingresar á una medianía en la Academia. En cuanto á la dirección de los espíritus, eso se le ha escapado.

¿Qué será de la *Revista de Ambos Mundos* hoy que ha muerto M. Buloz? Esta es la cuestión interesante que hay que plantear. Fácil es predecir que la Revista irá muriendo de día en día, como no acepte los tiempos actuales y si no deja omnímoda libertad á los escritores. Lo mejor que se le puede desear es que encuentre un director inteligente y que comprenda nuestra época tan bien como M. Buloz había comprendido la suya.

Y para volver á mi punto de partida, señalaré precisamente un artículo de crítica que he leído en uno de los últimos números de la

*Revista de Ambos Mundos*. M. Emilio Montégut estudiaba en él los nuevos novelistas, como un hombre aturdido, extraviado, á quien un rayo de sol ha vuelto ciego. De verdad, M. Emilio Montégut no es el crítico que espero. No parece haber advertido lo más mínimo del mundo el movimiento naturalista, al cual debemos las únicas grandes obras de estos últimos veinte años. ¿Qué puede pensarse entonces de una publicación como la Revista, que tiene las pretensiones de ser entre nosotros la más alta expresión de la literatura, y que niega con esa candidez todo el gran trabajo literario del momento? El crítico esperando se presentará (así lo espero), hará la luz acerca de nuestra situación, pondrá cada cosa en su sitio, hará retroceder el pasado á las tinieblas y pondrá en pié el presente, entre un gran resplandor de verdad y de justicia.

BIBLIOTECA ALONSO DE ERILLER  
UNIVERSIDAD DE BILBAO